

NOCHEBUENA

Por E. DURÁN VENTURA

Sensación inexplicable es lo que se experimenta en la noche de Navidad. Un extraño y vago contento invade nuestra alma al unírnos a la Iglesia para celebrar la venida del Mesías.

Llega la medianoche y cada uno, con los suyos, penetra en el Templo Santo para postrarse y adorar al Divino Niño. Empieza la misa, el suave ritmo que desprende el órgano íntima más y más a unirse al acto que se está realizando.

Durante todo el rato que dura el sacrificio se escuchan las voces dulces del coro entonando las notas de los populares villancicos, los cuales no hacen sino respirar piedad. Por fin llega el momento ansiado, el momento cumbre de nuestra presencia

allí, y es el de ir a recibir a Jesús. Con gran devoción todos los fieles se acercan a la sagrada mesa para que Cristo invada los corazones y escuche las peticiones que se le hagan. ¡Qué momento! Hombre y Dios unidos se compenetran mutuamente como dos amigos que se cuentan sus penas y alegrías. ¿No es esto verdaderamente maravilloso?... En fin se termina la misa y mucha alegría y entusiasmo desborda el ámbito de la salida. Como si se tratase de un paseo se dirigen todas las familias a sus casas respectivas y materialmente se dispone a celebrarlo con un reposón. Ya tarde se va a descansar esperando la mañana siguiente con la conciencia blanca y tranquila que repite sin cesar ¡Ateluya! ¡Ateluya!

